

PATENTE DE CORSO



DANIEL
GARCÍA
ANDÚJAR

16.09.2022–22.01.2023

NAVEGAR EL AVERNO: VIOLENCIA Y MIGRACIÓN

Imma Prieto

Largos años llevaban errantes, rodando por los mares,
juguete de los hados.

—*Eneida*, Virgilio

¿Por qué yo me veo en tierra extraña y cautivo?
Yo he perdido... mi amada libertad...

—*Romance del cautivo*, Deseado Mercadal

La violencia ha formado parte de un modo constituyente de aquellas relaciones que hemos establecido con otros pueblos y comunidades distintas a la nuestra. Atender a la expulsión nos dirige a la acción de echar hacia fuera, pero en ese gesto identitario, y apelamos a la identidad del que expulsa, se esconde algo más profundo que tiene que ver con la voluntad de hacer desaparecer al otro, no solo del territorio que se considera propio, sino de la vida. Etimológicamente, ‘expulsar’ proviene del latín *expulsare*, que a su vez proviene de *expellere*, formado por el prefijo *ex* (hacia fuera) y el verbo *pellere* (empujar, lanzar), y es interesante recordar que *pellere* se relaciona con la raíz indoeuropea *pel*, presente en la palabra *apellido*. Expulsar, está, por tanto, intrínsecamente relacionado con echar hacia fuera la parte más íntima de una persona, atendiendo a su cultura, costumbres e ideas. Si reconocer el nombre es lo que identifica y significa a un ser humano, eliminarlo quiere decir acabar con su existencia. No es gratuito, pues, pensar en porqué a los presos de campos de concentración se les sustrae el nombre, en primer lugar, y se les otorga un número. O, por acercarnos al presente, las muertes en el Mediterráneo siguen contándose en cifras, obviando

Daniel García Andújar, *Juguete de los bados*, 2022 (fotograma del vídeo). Vídeo, monocanal, color, sonido. Duración: 6’ 25”.
Cortesía del artista

que hablamos de personas con nombres, costumbres e ideas propias. Atender a la expulsión, a la huida o al destierro exige detenerse a pensar si en esa acción se esconde un cambio en la naturaleza de nuestra vida o un pasaje en el que puede aparecerse la muerte. Navegar el Mediterráneo es una acción cargada de significados históricos, políticos y sociales. Es asumir una multiplicidad de presencias y ausencias portadoras de historias enterradas y anegadas, es querer ver que el tiempo sigue siendo transmisor de un imaginario que apunta al conflicto y al exilio.

«Patente de corso» da nombre a la exposición que Daniel García Andújar presenta esta temporada con materiales y obras inéditas, apuntando hacia el permiso que impunemente facilitaba la piratería, y ya deja entrever que encierra algo de abandono, expolio y pérdida. Bajo este epígrafe, García Andújar ha llevado a cabo una labor de investigación y recuperación histórica para presentarnos diferentes piezas que apelan a un tiempo y a un espacio común, abriendo desde esta perspectiva una reivindicación acerca de los silencios que tan bien caracterizan nuestro pasado y nuestro presente.

La patente de corso era una especie de documento que antiguamente se otorgaba para poder expoliar a navíos de tierras enemigas, es decir, un permiso que el Estado generaba para robar y humillar al otro. A pesar de que su abolición tuvo lugar en 1896, aún quedan rastros de esa permisividad, sobre todo si apelamos a los derechos humanos. Desde estas estancias heredadas, Daniel García Andújar abre un espacio de reflexión atendiendo a diversos ejes: los flujos migratorios que han tenido lugar en el Mediterráneo a lo largo de la historia, sobre todo cuando han sido propiciados por motivos sociopolíticos; el análisis de la diferencia existente entre una expulsión o huida de una tierra a otra a través del mar. Por último, reconocer y pensar la muerte que, de algún modo, no solo se permite, sino que se propicia.

Pensar el Mediterráneo como espacio autónomo, es decir, como un *locus*, genera múltiples paradojas derivadas de la permisividad pasada y presente. De hecho, deviene símbolo de las acciones que acompañan a la humanidad. Sociedades actuales siguen funcionando bajo estructuras neoliberales y patriarcales. Nombrar el expolio, la explotación y el abuso es subrayar cómo la vulneración de los derechos de seres vivos solo ha ido y va en aumento. Encontramos materiales e historias que nos devuelven la posibilidad de ser en un lugar, de devenir espacio y reivindicar memorias. Ante la imposibilidad de abarcar todos los silencios, se congrega un *corpus* visual que apunta a diversos tiempos, piezas que marcan un hilo histórico y señalan hacia un no final: desde los relatos de la *Eneida* hasta los últimos cuerpos que han perecido en la travesía hacia Europa.

La exposición congrega una especie de mosaico o archivo simbólico que permite rastrear el conflicto y el dolor a través de más de trescientas imágenes. Se incide en la necesidad de revisar y reescribir la historia, de reconocer cómo el robo y el expolio se da no solo tras la permisividad de una metafórica patente de corso, sino en historias oficiales y, sobre todo, en el momento que despojamos a las personas de sus derechos, de sus memorias y de su identidad. La historia está repleta de sustracciones sistémicas que acompañan y han acompañado desplazamientos y exilios forzados. Es desde esta condición de destierro desde donde se reivindica la dignidad borrada y la necesidad de devolver el lugar que siempre debieron habitar. Daniel García Andújar recupera y recrea un emplazamiento que, aun siendo conocido, se presenta de este modo por vez primera: el Mediterráneo. Pensar el *Mare Nostrum*, tal y como lo llamaban los romanos, es asumir esos viajes, diásporas y migraciones. Es recuperar otras vidas, muchas de ellas perdidas y silenciadas. Pensar el Mediterráneo como ínsula, como lugar aislado pero identificado, provoca extrañeza e

inseguridad. Es traer a la luz otros relatos que dialogan con esta actualización de la patente de corso, estableciendo una metáfora que acepta el robo, no solo material, sino de derechos fundamentales.

En las muchas narraciones encontradas, destaca la figura de Deseado Mercadal (Maó, 1911 – Maó, 2000), escritor, periodista y músico que formó parte de la resistencia de Menorca durante la Guerra Civil y dirigió el diario socialista *Justicia Social*. Durante su huida del régimen franquista fue internado en varios campos de concentración en el norte de África y en el sur de Francia. Posteriormente, en 1948, regresó desde Argelia a España en condición de desterrado, hasta que en 1965 se le permite volver a su Menorca natal. Diferentes documentos y algunos de los libros que escribió se muestran a modo de homenaje junto al libro que presentamos de Daniel García Andújar, recién editado, que es hasta la fecha, la publicación visual más completa sobre la presencia de los presos republicanos en campos de concentración en la costa mediterránea. Junto al mismo, se componen mitos grecorromanos que adoptan un rol visionario, como el vídeo *Fuguete de los bados* (2022), producido en las costas baleares, que muestra a Poseidón surcando el mar encerrado en una patera.

La exposición se completa con las series de dibujos «Mediterraneum. Atlas. Puertos» (2022), «Patente de corso. Atlas» (2022), «Migrantes desaparecidos registrados en el Mediterráneo desde 2014» (2022) y los vídeos *Tráfico, Corsarios y Mare Nostrum, al-Baḥr al-Mutawāsiṭ, طس او تملا رحب* *Ak Deniz*, que se muestran bajo la sombra de la patera Baya Rimes. «Mediterraneum. Atlas. Puertos» presenta los ciento sesenta y tres puertos reconocidos en el Mediterráneo, mapas antiguos que muestran el trasiego de los trayectos migratorios en rojo, una marca simbólica de la sangre que perece en los fondos del mar. «Migrantes desaparecidos registrados en el Mediterráneo desde 2014»

enseña desde la máxima sencillez esos nombres borrados, cifras enumeradas una a una que denuncian el despropósito de las políticas migratorias actuales. La serie «Patente de corso. Atlas», que da nombre al proyecto, presenta una multiplicidad de imágenes que van desde documentos de época que recogen ingresos en prisión o fallecimientos a fotografías de torturas a reclusos en campos de concentración. García Andújar también ha recreado un imaginario que establece un paralelismo entre las conductas violentas ejercidas a los presos y las relaciones que establecemos con otros pueblos, mostrando de nuevo un paralelismo entre el pasado y el presente a la hora de afrontar la presencia de la diferencia. De hecho, retomar la metáfora de la patente de corso permite vislumbrar que el ejercicio de la violencia no puede separarse de nuestros gestos y conductas: «La idea de que el ejercicio de la violencia, en particular la práctica del corso, constituye un eje fundamental de las conexiones mediterráneas durante la era moderna me parece constituir una evidencia. Sin embargo, hasta ahora, no se ha adoptado esta perspectiva para indagar, desde un punto de vista global, la manera en que diferentes territorios conectan entre ellos en el área mediterránea».¹

El conjunto de materiales está envuelto por una especie de susurro de otro tiempo, la pieza sonora *Dante Alighieri-Inferno* (2022), que genera, de nuevo, un giro que nos expulsa hacia una suspensión temporal. Es inevitable pensar en la pintura de Eugène Delacroix *Dante et Virgile aux enfers* [Dante y Virgilio en el infierno] (1822), cuerpos descomponiéndose alrededor de la barca en la

1. Douki, Caroline y Minard, Philippe, «Histoire globale, histoires connectées : un changement d'échelle», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 54-4 bis, 2007, p. 7-21; Werner, Michael y Zimmermann, Bénédicte, «Beyond comparison : Histoire croisée and the challenge of reflexivity», *History and Theory*, vol. 45, 2006, p. 30-50.

que los dos personajes navegan el Averno. Cuerpos como los de los miles de personas hundidas en el mar, en este mar que separa dos tierras, como bien designa su nombre. Cuerpos que fueron arrojados por precipicios por causas políticas e ideológicas, cuerpos ahogados por temporales durante su travesía en busca de una dignidad soñada y cuerpos que fueron expulsados de otras tierras por miedo a su mera presencia.

Empezábamos el texto con la cita de la *Eneida*, no sin reconocer su precedente, la *Iliada* de Homero, donde mejor se representa la furia y violencia de estas aguas traicioneras. En ella se relata la traición de Poseidón a Zeus, apelando siempre al capricho de los Hados. Interesa, de hecho, esa traición entre iguales, arquetipos clásicos que siguen guiando el rumbo de lo contemporáneo. El proyecto da visibilidad a la herencia histórica que nos acompaña y nos distingue, a esa violencia gratuita con la que gestionamos los conflictos y, sobre todo, denuncia el nepotismo con el que establecemos una relación que ya parte de una condición desigual. Desde estos preceptos se apela a la falta de veracidad histórica y, sobre todo, a la monstruosidad con la que el ser humano se relaciona consigo mismo.

VETUS MARE

Tomás Andújar

Los troyanos derrotados que huyeron de su ciudad hacia el ocaso guiados por Eneas, dejando atrás sus casas en llamas, las tumbas de sus padres y los altares de sus dioses eran los mismos que mañana embarcarán en Libia en pos del norte deslumbrante. Los hombres y mujeres que, en 1939, vendidos también, zarparon hacinados desde Alicante hacia Orán, desde Maó hacia Francia, eran, en esencia, iguales a los que llegaron ayer y hace un mes a Mallorca, Almería o Murcia tras navegar en botes desde Argelia.

El mar fértil en que germinó nuestra civilización está surcado de cicatrices, de exilios, derrotas y destierros. Guerra, hambre, fanatismo, persecución, miseria, exclusión, codicia, los más destructivos impulsos y pasiones empujan las velas, hunden los remos y hacen girar las hélices en el incesante ir y venir a través del viejo mar. Cambian los dioses y las naves, los nombres de los puertos, reyes y ministros, armas, herramientas y lenguas, pero siempre, cada minuto, desde que el mar de en medio existe, alguien navega roto por lo que deja atrás y temeroso de lo que le espera. Imparables, pueblos y gentes de las riberas o de tierra adentro tejen caminos que se desvanecen sobre el mar cuando lo cruzan para sobrevivir, que es el impulso humano primordial, ni malo ni bueno.

Un rastro de la memoria profunda de ese tránsito está en la epopeya de Odiseo, semilla de todas las narraciones sucesivas, en el relato del viaje de Eneas, justificación mítica del imperio mediterráneo romano, y se puede seguir en el subtexto de miles de libros de historia que ensalzan glorias, conquistas y triunfos nacionales. Pero en los cuentos y tratados dominan las fantasías y los hechos heroicos en los que los protagonistas alcanzan sus propósitos y vencen, aunque para lograr sus metas padezcan

sufrimientos y humillaciones. El adagio que afirma que la historia la escriben los vencedores es válido para la historia oficial y buena parte de la literaria, pero no es una verdad absoluta. El de los dominadores es el afluyente principal del mar de la memoria, pero en el mismo mar desembocan muchos ríos y el tiempo moldea las corrientes y las costas, la arena de lo que sucedió y lo que perdura.

La agonía de la República

Leyendo entre líneas la historia académica y literaria del siglo XX, del que aún no tenemos la certeza de que haya acabado, hay un rastro opacado por el volumen de las monstruosidades de la Guerra de España y la Segunda Guerra Mundial que se suma sin gloria a la corriente continuada de exilios mediterráneos forzados por los conflictos bélicos, la corriente de los troyanos. De principios de febrero al último día de marzo de 1939 se produjo una huida masiva desde el levante peninsular y Menorca de miles de españoles republicanos que navegaron hacia el norte de África, sobre todo a Argelia, entonces provincia de la Francia auto-proclamada fraterna, igualitaria y libre.

El éxodo mayor de republicanos que escapaban del avance franquista, ya imparable, se dio a través de los Pirineos entre enero y febrero del año de la victoria de la sublevación contra la República. Alrededor de medio millón de personas cruzaron las montañas en lo más crudo del invierno para buscar auxilio en la república vecina, que, pese a tener un gobierno de izquierdas, había negado cualquier ayuda a sus camaradas españoles y respondió a la avalancha internando a la mayoría de aquella muchedumbre de refugiados en campos de concentración. Pero al caer Cataluña, con la vía pirenaica cerrada, los rojos empujados por el avance del frente acabaron concentrados en el cuadrante sureste peninsular.

Desde principios de febrero hasta finales de marzo, al menos 65 barcos, la mayoría pequeñas naves pesqueras o mercantes, pero en algún caso también grandes buques de transporte, partieron de distintos puertos del levante, de València a Almería, rumbo al norte de África, sobre todo a Orán, la más hispana de las ciudades argelinas. En ese éxodo republicano llegaron a los dominios franceses del Magreb en torno a 8.000 personas. Además de los barcos civiles, tres cruceros de guerra, ocho destructores y otras embarcaciones menores de la armada republicana basadas en Cartagena zarparon también hacia el sureste con unos 3.800 militares y alrededor de 400 familiares. Este episodio de la huida de la flota tuvo consecuencias sobre el desenlace de la guerra, pues mermó los ya maltrechos recursos bélicos de la República, y engrosó el exilio norteafricano con unos 1.500 marinos que se negaron a regresar cuando el resto volvió a la nueva España con los barcos al finalizar la contienda.

El puerto de Alicante fue el espacio simbólico, por volumen y dramatismo, de esa huida agónica en los días finales de la guerra, la boca de salida de un embudo obstruido, el último suelo de la Segunda República. Alrededor de 20.000 personas, sobre todo hombres con compromiso político o militar, pero sin responsabilidades de primer nivel, y también mujeres con niños que temían con razón la ira de los vencedores, llenaron los muelles a la espera de los barcos ingleses y franceses que habían de salvarlos. Pocos llegaron y, de esos, menos aún tuvieron capitanes con el suficiente arrojo para plantar cara al cerco de la armada nacionalista y rescatar a aquellos derrotados desesperados. De los que sí lo hicieron ha ganado cierta celebridad el Stanbrook, que zarpó de Alicante el 28 de marzo cargado hasta el límite de su capacidad con unas 3.000 personas rumbo a Orán.

El escritor valenciano Max Aub describió los estertores de la República en el puerto de Alicante en *Campo de los almendros*, la novela que cierra su ciclo sobre la Guerra de

España. Tituló el libro con el nombre que dieron al campo de concentración donde fueron llevados desde el puerto los 15.000 hombres presos por las tropas franquistas atrapados sobre los muelles cuando, el 1 de abril de 1939, Franco proclamó el cautiverio y desarme del ejército rojo que daba fin a la primera parte de la masacre.

La memoria de Deseado

En una escala mucho menor y en circunstancias diferentes a las de Alicante, en las Illes Balears el éxodo republicano a través del mar se produjo desde Menorca. Tras resistir al alzamiento de julio de 1936, la isla había permanecido fiel al gobierno democrático soportando la presión que desde Mallorca ejercía el poder sublevado con el martilleo de la Aviación Legionaria italiana. En los primeros días de febrero de 1939, la resistencia se quebró.

Deseado Mercadal, músico de formación y comprometido militante socialista, que había participado en la defensa republicana como director del periódico *Justicia Social*, publicó *La Guerra Civil en Menorca* en 1994, once años después de editar *Yo estuve en Kenadza*. En ambos libros, que pueden leerse en orden inverso a su publicación como una sola obra, el autor cuenta su experiencia personal, documenta lo que sucedió a su alrededor durante la guerra en la isla, sin omitir los crímenes cometidos por algunos correligionarios, y narra su exilio forzado en el norte de África, donde sufrió el castigo arbitrario de los campos de concentración franceses en los que fueron encerrados por motivos ideológicos unos 15.000 republicanos españoles.

La peripecia de Deseado está atravesada por el sufrimiento, porque padeció desarraigo, peligros, angustia, humillaciones, hambre y explotación severa, pero la fortuna le libró del destino fatal de muchos de sus compañeros de cautiverio. Estuvo en el infierno sin abrasarse, compartió

fatigas con los prisioneros que extraían carbón de las minas de Kenadza, en los confines del Sáhara argelino, junto a la frontera marroquí, pero le salvó «la suerte de ser músico», como tituló un capítulo de sus memorias de exilio.

Yo estuve en Kenadza. Nueve años de exilio es un relato sencillo y vivaz, de gran valor documental como testimonio de un capítulo del éxodo republicano y de la Segunda Guerra Mundial que permanece en la penumbra de la historia. Deseado contó su experiencia para dejar rastro también de la de sus compañeros menos afortunados, como Francisco Poza, su paisano torturado hasta la muerte en el campo de castigo de Hadjerat M'Guil. De los miles de hombres sometidos a reclusión y trabajos forzados por Francia en Argelia y Marruecos, presos después de cruzar el mar para librarse de la represión del fascismo español o tras atravesar los Pirineos y ser después deportados a África, solo unos pocos dejaron escrita su historia y, entre esas memorias, la de Deseado es de las más ricas y documentadas. Con su libro, modestamente autoeditado, cumplió una misión contra el olvido:

Todavía quedamos unas docenas de menorquines de los que pasamos por la dura prueba del exilio. Cualquiera de nosotros podría contar la penosa historia de aquellos años que uno quisiera se hubiesen borrado sin dejar rastro en nuestra mente y en nuestro espíritu, si ello, además de no ser posible, no fuese tampoco conveniente ni justo, porque alguien tiene que contar a quienes no lo vivieron lo que fue aquella aventura inimaginable a la que nos vimos forzados tantos miles de compatriotas.

[...] Porque la muerte, con su hálito siniestro, pasó rozándonos a todos, envolviendo a unos con su gélido manto y respetando a otros quizá para que un día pudieran ofrecer el testimonio de aquel drama lastimoso y funesto.

En estas palabras de Deseado Mercadal del prólogo de *Yo estuve en Kenadza* se condensa la idea del propósito que quería cumplir con su relato. Cuando dice «[...] alguien tiene que contar a quienes no lo vivieron [...]» sugiere que la memoria es tanto una obligación de los que han protagonizado los hechos como un derecho de quienes no los han vivido, pero deben conocerlos por justicia.

Aub, en la corriente de Eneas y Ulises

En el libro que Daniel García Andújar ha creado para esta exposición, Deseado tiene un papel central. La suya es una historia pequeña, particular, una burbuja en el curso del gran río del siglo XX, ni especialmente dramática ni de singular heroísmo, pero, quizá por ello, es una metáfora ajustada de la peripecia de los miles de hombres y mujeres empujados al exilio. Deseado cruzó el mar de Menorca a Argel, fue rechazado y reembarcado rumbo a Francia, donde le enviaron a la cárcel a cielo abierto de la playa de Argelès, la mayor y más vergonzante prisión que tuvo nunca ese país. Solo aguantó una noche antes de fugarse y se embarcó de nuevo para atravesar el mar hasta Argelia, donde acabó igualmente preso en los campos de concentración para izquierdistas españoles, franceses y centro-europeos, y también para judíos castigados por su raza siguiendo las directrices nazis. La historia de Mercadal recoge en esencia las de cientos de paisanos menorquines y decenas de miles de compatriotas, y comparte rasgos esenciales con los protagonistas del flujo inmemorial al que Daniel García Andújar dedica «Patente de corso».

El libro sobre el exilio republicano en el norte de África y la exposición en su conjunto son también un alegato por la memoria, sustento de las culturas y herramienta de la justicia, la memoria como deber de los supervivientes y derecho de quienes vivirán.

Max Aub encarna como nadie esa pulsión de la memoria. Aub, de padre alemán y madre francesa, judíos ambos, fue, por este orden, escritor, español y socialista, y con su trabajo como dramaturgo se convirtió en una figura relevante de la intelectualidad de la Segunda República. Comprometido con la democracia y en el rechazo del fascismo, ocupó puestos de responsabilidad como la Secretaría del Consejo Nacional del Teatro y, en calidad de agregado cultural de la embajada en París, prestó un servicio de gran relevancia histórica: encargó a Alberto Sánchez, Joan Miró y Pablo Picasso las obras que exhibieron en el pabellón español de la Exposición Internacional de París en 1937. En el caso del *Guernica*, entregó en persona el dinero que el pintor malagueño cobró en concepto de gastos materiales.

Abandonó España a principios de 1939 y, después de que la severa acogida de la Francia republicana se tornara persecución y represión tras la derrota del país frente a la Alemania nazi, Aub fue detenido y deportado al campo de concentración de Djelfa, en Argelia. Cruzó prisionero el mar, como muchos de los republicanos que penaron en los campos franceses de África, para sumarse a los que habían llegado directamente a la orilla sur del Mediterráneo desde España. Entre alambradas, bajo la lona de las tiendas militares en que vivían en medio del pedregal del altiplano del Atlas, comenzó a escribir *Diario de Djelfa*, una colección de poemas sobre el cautiverio, el hambre, la sed, las torturas y, también, la nostalgia y la evocación de la España que había visto florecer y reventar en menos de una década. Es un libro crudo, desgarrador, en el que las heridas chillan y la rabia escuece, que Aub publicó en 1944 en México, donde se exilió por el resto de su vida tras conseguir salir de Djelfa y tomar un barco en Casablanca en septiembre de 1942.

Su vocación inflexible de dejar constancia de la tragedia española se plasma en la serie de seis novelas sobre la

guerra *El laberinto mágico*, comenzada en 1943 con *Campo cerrado* y coronada en 1968 con *Campo de los almendros*, obra cumbre de la literatura sobre la Guerra de España. Aub publica ya en 1943, cuando aún estaban activos algunos de los campos africanos franceses, dos relatos sobre Djelfa, y ese mismo año, en plena guerra mundial, edita *San Juan*, una tragedia que sintetiza el drama de los vencidos despojados de su tierra, judíos en esta obra que bien podrían ser los españoles exiliados, un grupo de mujeres y hombres que vagan por el Mediterráneo en busca de refugio, condenados a ser extranjeros vayan donde vayan, que acaban pereciendo en un naufragio, acogidos por la muerte, para la que nadie es extranjero.

Uno de los personajes atrapados en el barco sin rumbo interpela a un compañero de desgracia:

¿Tú crees que es una carrera nueva? ¡Ahí es donde te equivocas! Es una carrera de siempre: Adán y Eva ya la estudiaron. ¿No eran ya unos refugiados? ¿No los echó Dios del Paraíso? ¿O es que no crees en esas historias? ¿No? De entonces viene la corriente. ¿O no eran de tu raza?

*En medio de la tierra, nuestro mar:
Mediterráneo, Mare Nostrum*

Los republicanos españoles forzados al exilio y esclavizados en Argelia, como Aub y como Deseado, recorrieron una ruta milenaria que ya habían hecho por hambre centenares de menorquines décadas antes, como siglos antes la transitaban moriscos y sefardíes expulsados de España por fanatismo religioso, racismo y ceguera política. En el siglo XVI, piratas y corsarios musulmanes procedentes del sur saquearon en decenas de ataques las costas de Mallorca, Eivissa y Menorca con una crueldad en su rapiña que condicionó de forma muy característica el poblamiento

de las islas. A su vez, Balears lanzó al mar en el XVII a unos cuantos ambiciosos marinos cristianos que saquearon y guerrearon con el respaldo de la corona. Después, España, Francia, Italia y el Reino Unido colonizaron el norte de África, como los musulmanes habían dominado casi toda la Península Ibérica, como Roma conquistó y asimiló todas las tierras que bañan el Mediterráneo y los ríos que lo nutren.

La historia de nuestro mar, la grande de los reinos, estados e imperios y la pequeña de los hombres y las mujeres comunes, lo contiene todo, y todo ha de recordarse, también el sufrimiento y las crueldades de los vencedores, las contradicciones y los vaivenes de lo justo.

En la vida de Albert Camus (1913-1960) se sintetizan algunas de esas paradojas. Francés argelino, *pied-noir*, su madre era de origen menorquín. Comenzó su carrera de escritor como periodista en Argel, donde se había criado, y fue un testigo crítico del drama de los refugiados huidos de la Guerra de España, con quienes simpatizaba y a los que siempre elogió y reivindicó frente a la indiferencia de la mayoría de sus compatriotas. Camus también fue incómodo para los suyos porque defendió a los argelinos, habitantes de segunda categoría de las provincias francesas norteafricanas. Cuando los sojuzgados se levantaron contra los colonos en una guerra sanguinaria y terrorista, el escritor se encontró entre el fuego cruzado, incomprendido en su pacifismo ácrata. Al desgajarse su tierra de su país, se agudizó en Camus el sentimiento de extranjero, la extrañeza vital de quienes no son del todo de ningún sitio, la pena de los exiliados retornados y de quienes viven lejos de donde tienen su corazón, como los españoles que en África, en Francia y en México brindaban cada fin de año por que el siguiente fuera el del regreso mientras se dolían en la distancia de que nadie se acordara de ellos en su país.

Hoy, como hace cien años y dentro de un siglo, gentes de distintas razas, religiones, lenguas, costumbres, atavíos

y saberes atraviesan el mar por afán de supervivencia, por ansia de conquista o en busca de riqueza. Cruzan sus rumbos con los de los perseguidos, los hambrientos y los esclavos. Cada uno lleva consigo las esencias de su origen, como polen prendido al cuerpo, y las esparcen en su destino, donde se contaminan de otro polen.

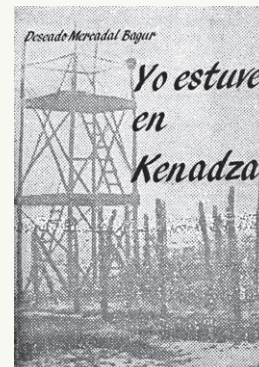
Así es siempre y así se ha conformado la realidad de las riberas del Mediterráneo. De norte a sur y en sentido contrario, de oriente a occidente y de oeste a este, hombres y mujeres de las orillas han trazado sobre el mar indiferente los surcos de su azar, como cantó Machado, quien murió espantado y exhausto, también, en uno de los puertos del exilio.



Vicent Mestre, *Embarque de los moriscos en el puerto de Denia*, 1612-1613. Óleo sobre lienzo, 115 × 178 cm. Colección Fundación Bancaja (1); Vicent Mestre, *Desembarco de los moriscos en el puerto de Orán*, 1612-1613. Óleo sobre lienzo, 115 × 178 cm. Colección Fundación Bancaja (2)



Panorámica del puerto de Maó con la base naval a la izquierda y la fortaleza de La Mola al fondo, durante la Guerra Civil. Archivo *Diario Menorca* (1); El barco Le Mansour en Orán, 1939 (2)



Deseado Mercadal, Argel, 1939. Cortesía Familia Mercadal (1); Cubierta del libro de Deseado Mercadal Bagur *Yo estuve en Kenadza*, 1983. Cortesía Familia Mercadal (2); Campo de concentración en Kenadsa, sin fecha (3)



Daniel García Andújar, *Patente de corso*. *Atlas*, 2022 (detalle).
Dibujo robótico, fotografía, impresión digital. Conjunto
de 64 elementos de diversas medidas. Medidas variables.
Cortesía del artista

Daniel García Andújar, *Mare Nostrum, al-Baḥr al-Mutawāsiṭ*,
طس اوتمل رحبل, *Ak Deniz*, 2022. Impresión sobre papel,
43 × 70,5 cm. Cortesía del artista

¿DÓNDE ESTAMOS AHORA?

Marina Fokidis

Estamos aquí. ¿Dónde?

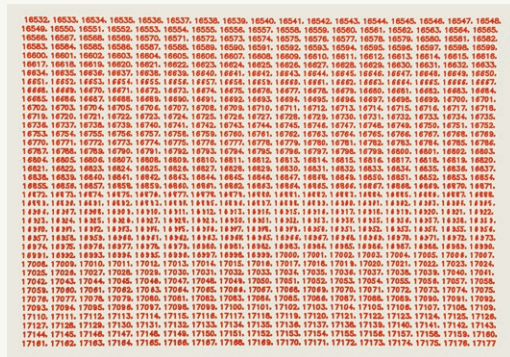
Gente de todas partes, en condiciones muy diversas, se pregunta: “¿Dónde estamos”? La pregunta es histórica, no geográfica. ¿Qué es lo que estamos viviendo? ¿Adónde nos está llevando? ¿Qué hemos perdido? ¿Cómo seguir sin una visión plausible del futuro? ¿Por qué hemos perdido toda perspectiva de lo que hay más allá de una vida?

Los acomodados expertos responden: globalización, posmodernismo, revolución de las comunicaciones, liberalismo económico. Son términos tautológicos y evasivos. Ante la angustiada pregunta sobre adónde vamos, los expertos murmuran: a ninguna parte.

— «Where Are We?», John Berger, octubre de 2002¹

Conocí a Daniel García Andújar a comienzos de 2016. Fue al anochecer de un día entre semana, pero no recuerdo el mes. En aquella época contaban más los días, las horas y la cantidad de personas y tiendas. Nos conocimos a la intemperie, a orillas del Mediterráneo, en el muelle E1 del puerto del Pireo, entre 5.000 personas que buscaban una tienda donde dormir y algo que comer. Soplaban un viento frío, como sucede cada invierno en Atenas, aunque los turistas crean que allí siempre es verano. La mayoría de las personas, salvo nuestro pequeño grupo y los del equipo de rescate, huían de Siria. La situación era inmanejable en cada rincón, casi en todas partes (excepto para los pocos que estaban al mando). Cada día, el número de individuos

1. Berger, John. *Hold Everything Dear: Dispatches on Survival and Resistance*. Londres: Verso, 2007.



Daniel García Andújar, *Mediterraneum. Atlas. Puertos*, 2022 (detalle). Dibujo robótico, impresión sobre papel. Conjunto de 163 impresiones, 29,7 × 42 cm c/u. Cortesía del artista (1); Daniel García Andújar, *Migrantes desaparecidos registrados en el Mediterráneo desde 2014*, 2022 (detalle). Dibujo robótico, impresión sobre papel. Conjunto de 43 impresiones, 29,7 × 42 cm c/u. Cortesía del artista (2)

llegados a Grecia se duplicaba o triplicaba. No había espacio donde cobijarlos, ni tiendas o alimentos suficientes, ni una estrategia de gobierno o medios económicos con que articularla y atender adecuadamente a ese río imprevisible de personas que huían, a millares, de los horrores de la guerra. Solo había un muelle de hormigón con cuatro barracones desperdigados y un gran espacio abierto. El mismo espacio que más adelante (una vez «desalojados» los refugiados) compraría la multinacional COSCO, una naviera china que ahora opera desde el puerto griego.

En aquel entonces Grecia pasaba por lo peor de sus crisis económica: al borde del colapso y asediada por el Fondo Monetario Internacional debido a su deuda pública, luchaba por salir a flote (como los miles de personas que surcaban el mar para llegar hasta ella). Las medidas de austeridad se vieron agravadas por la crisis de los refugiados, pero, mientras tanto, la Unión Europea protegía (una vez más) sus fronteras septentrionales de esos «nuevos invasores» necesitados. Al final, algunos países del norte, más ricos, aceptaron (afortunadamente) a más refugiados que otros, pero pagando (y quizá todavía lo hagan) un precio político. Y es que el nacimiento y la proliferación de partidos y gobiernos de extrema derecha en Europa no son del todo ajenas a la (justificada) aceptación y (fructífera) integración de refugiados no occidentales en lo que llamamos el continente europeo. Últimamente, en dichos países empieza a surgir la xenofobia, especialmente contra refugiados e inmigrantes procedentes del vasto universo árabe. Expresado (bien alto) por movimientos de «extrema izquierda» y otros *morphómata* políticamente polarizados, y no solo por parte de la ultraderecha autoritaria, el verdadero mensaje es de intolerancia hacia las diferentes culturas y religiones —por más que se presente bajo otro disfraz, en forma de solidaridad hacia otros grupos étnicos (no musulmanes).

García Andújar y yo nos conocimos gracias a la documenta 14, que tuvo dos sedes. A finales de 2013, un jurado

internacional formado por reputados profesionales del mundo del arte aceptó, en nombre de documenta gGmbH, la propuesta de Adam Szymczyk de distribuir el «influyente» evento quinquenal entre Atenas y Kassel. Y ahí estábamos, Daniel García Andújar como artista participante, como archivista «emancipado» (y lo es) en busca de correlaciones entre las prácticas imperialistas y colonizadoras, y yo, miembro del equipo de documenta 14 que se dedicó —en cuanto Szymczyk puso los pies en Atenas— a facilitar aquel intercambio desafiante e histórico entre Atenas y Kassel, entre el sur y el norte de Europa, entre el Sur y el Norte, y entre otros binomios direccionales.

Aquellas tardes no fuimos al Pireo a «hacer arte». ¿Cómo iba nadie a sacar partido de un gran número de individuos sin tierra, exhaustos, «ilegales» e «indeseables» que se encontraban en un muelle en pleno invierno después de sobrevivir a las atrocidades de la guerra, a la crueldad de los contrabandistas y a las olas del mar Mediterráneo? (Por desgracia, algunos artistas superestrella hicieron precisamente eso, pero no formaban parte de nuestro grupo.) Íbamos allí, tal vez, a ver la dura realidad y entender, de un modo visceral, cómo funciona el mundo. Nos resultaba duro no solo estar en el bando seguro de aquellos «tiempos» e «historias» paralelos de la condición humana, sino también ser ciudadanos de la parte del mundo que hace que vivir en otras partes sea tan insoportable como para empujar a montones de gente a arriesgarse a morir por cambiar sus condiciones de vida. Lo menos que podíamos hacer es dar nuestro testimonio. Y quizá también ofrecer una mínima ayuda llevando tiendas, implicándonos con las personas y sus necesidades y, de vez en cuando, favoreciendo y realizando gestos íntimos (y nada espectaculares) en reacción a tan inaguantable situación. La *Utopía* de Thomas More arrojada al Mediterráneo, la noche del 11 de marzo de 2016 en el Pireo, fue uno de esos gestos, llevado a cabo por el artista Ross Birrell. Nunca olvidaré la

imagen del libro girando por los aires hasta hundirse en el mar enfrente de un barco grande que, repleto de personas angustiadas y cubiertas de salitre, apenas se acercaba por el horizonte. Después de aquello permanecemos un rato en completo silencio, observando a nuestro alrededor. Daba la sensación de que el tiempo se hubiera tensado y ralentizado de un modo peculiar que hacía visible cada detalle.

Sin embargo, la utopía no es solo una isla distante; es también el acto de trazar el mapa, todos juntos, de un espacio discursivo y territorial. La cuestión es cómo hacer que esos espacios se correspondan con la realidad, y cómo ofrecer un itinerario en el mapa para cualquier debate que planteen. El puerto del Pireo, el puerto de la esperanza, como lo llamaban muchos refugiados, era la segunda parada de su largo trayecto. Sin embargo, parecía lo opuesto a la «imaginería perfecta» del mundo descrita por More. No había un centímetro de espacio, interior ni exterior, que no estuviera ocupado por algún tipo de alojamiento improvisado: la gente dormía en cualquier parte. En el aire reinaba una sensación de «espera» incierta. Aun así, como afirmó Pier Paolo Pasolini: «No hay desesperación sin un poco de esperanza.» Recuerdo, grabado en todos los rostros, un sentimiento de expectación por que algo cambiase día a día, hora a hora, y finalmente los países con economías sólidas y medios económicos con que apoyarles les dejasen entrar. Aunque todos sabían que las fronteras hacia el centro y el norte de Europa estaban cerradas herméticamente, no estaban preparados para aceptarlo. Y es que, ¿cómo iba a tener sentido esa realidad? ¿Cómo asumir una serie de guerras «incitadas» y el consiguiente empobrecimiento de la mayoría de la población del planeta (en beneficio de una pequeña parte)? Y especialmente, ¿cómo podían hacerlo las víctimas directas?

Puede que toda esa gente que había llegado al puerto tuviera un motivo para no subirse a los autobuses que la llevarían a un campo de refugiados organizado por el estado:

reafirmar la posesión de su propia existencia. «Manifestar» sus propios «cuerpos sufrientes» a la vista de todo el mundo en los muelles de un gran puerto mediterráneo quizá fuese su manera de protestar por la violación de sus derechos humanos básicos. Además, puesto que muchos de ellos procedían de geografías donde la democracia era motivo de una lucha constante, sabían cómo podían llegar a ser esos campos oficiales, por lo que desconfiaban de tal opción. Y en muchos casos tenían razón, por desgracia. Finalmente aquella «protesta», aquel asentamiento espontáneo y efímero *en plein air* que dependía en exclusiva del apoyo privado individual, por parte de activistas y otros equipos de rescate, adquirió una rutina propia, mucho más humana que la de la mayoría de campos oficiales. Era un puro intercambio entre todos los implicados: uno de esos raros momentos en que el amor se impone a la economía y la política, y a cualquier otra forma de injusticia. En que la solidaridad vence a la barbarie. Sin embargo, no duró mucho —y es que esos momentos no suelen durar. Ser testigo de aquellas noches en el puerto, resultado de la guerra en Siria (la más destacada entre otras), fue una importante advertencia y recordatorio de la persistencia de la hegemonía. Afectó a nuestro trabajo y nuestra vida en aspectos profundos y múltiples.

Por entonces, García Andújar estaba trabajando en dos proyectos para la documenta 14. Uno de ellos consistía en una serie de 82 artefactos que evocaban los 82 grabados realizados por Francisco Goya (1746-1828) entre 1810 y 1820, y en los que el pintor criticaba solapadamente la violencia ejercida contra la población durante las guerras entre el imperio napoleónico y España. El otro era un glosario (2016), en texto e imagen, del lenguaje fascista, conocido como LTI o *Lingua Tertii Imperii*, y trataba sobre la junta militar en Grecia y sus vínculos con otras dictaduras. Ambos trabajos estaban concebidos como una forma de resistencia visual y performativa en contra de todo tipo

de violencia. A semejanza de la posibilidad que he mencionado antes de que los refugiados del puerto del Pireo estuvieran llevando a cabo una protesta inconsciente o encubierta para visibilizar su situación en lo posible, la estrategia de Daniel era (y sigue siéndolo) exponer los sistemas en activo y demostrar sus fallos, y así, quizá, hacerlos más susceptibles de sucumbir a una justificada revolución. Al trasladar los grabados de Goya a la era de la impresión 3D, y al traducir el lenguaje fascista y los archivos de la dictadura en forma de pequeño libro obsequio, puso de manifiesto que la guerra, como cualquier otro sistema de dominación violenta sobre los demás, persiste implacablemente, no solo en su forma literal, sino por medios económicos y culturales imperialistas.

Estamos aquí: en ninguna parte

Hoy, García Andújar y yo volvemos a encontrarnos, con este texto, en algún lugar entre dos orillas del Mediterráneo, las de Grecia y Mallorca. Muchas de las personas a las que conocimos en el Pireo habrán conseguido ya llegar a su «anhelado» destino —puede que después de sufrir lo indecible y gastarse los ahorros de una vida, o más, en redes ilegales de tráfico de personas. Algunos se habrán integrado plenamente, mientras que otros, decepcionados, añorarán la tierra que dejaron atrás y quizá ya ni exista. Y a otros se les habrá negado el asilo y habrán sido deportados de vuelta a su lugar de procedencia, para bien o para mal. El agua traza el relato de sus vidas. La crisis de los refugiados de 2015, un efecto de la denominada Primavera Árabe y de la guerra de Siria, fue la prolongación de muchos otros desplazamientos forzados a lo largo de la historia de la humanidad. Enumerarlos todos llevaría siglos y ocuparía muchísimo espacio vital.

En esta ocasión, García Andújar, entre otras obras y acciones, se lleva el antimonumento de Poseidón a un viaje

al centro de «ninguna parte» y, al mismo tiempo, a un punto del mapa muy concreto. ¿La peculiar, móvil e incierta «geografía» del Mediterráneo es realmente «ninguna parte»? ¿O es ese «ninguna parte» un rasgo que se impone en el mar, el cual oscila constantemente entre la desterritorialización y la reterritorialización, y donde el desplazamiento violento de personas se ha convertido en la norma y en el marcador definitivo del «crecimiento» y el «progreso»?

Los pueblos se desplazan sin parar (a la fuerza o por elección) por esas aguas que los dividen en la misma medida en que los conectan. En cambio, las identidades no flotan libremente, sino que están limitadas por barreras y fronteras. La patrullera Frontex es parte del Mediterráneo tanto como los operadores turísticos, los mercantes o los salvavidas. Por cada mil personas que se bañan por la mañana en las aguas claras y azules, por la noche una cantidad similar lucha por mantenerse a flote o incluso se ahoga. Esperanza y desesperación, deseo y desarraigo, violencia y paz, pérdida y memoria, redención y orden, lo social y lo individual: todo ello se suma a la fauna de este lecho marino.

El Mediterráneo ha estado marcado (y lo está todavía) por colonialismos superpuestos, así como por alianzas entre países del sur. Guerras, esclavitud, violaciones, violencia política y opresión en todas sus manifestaciones posibles han persistido siempre en la zona y obligado a los pueblos a buscar constantemente una oportunidad de sobrevivir. Muchos no lo consiguen, pues mueren —o las autoridades portuarias les dejan morir— a mar abierto. Cada vez más gobiernos europeos dejan de informar e incluso de contabilizar el número de fallecidos en «sus» aguas. Es la nueva estrategia política. Las profundidades del mar Mediterráneo están llenas de «muertos sin enterrar» ¿Cómo podemos honrarlos? La convivencia que se atribuye a la coexistencia de las tres culturas y religiones mediterráneas se invoca a menudo como hito del

pluralismo y el respecto mutuo. Pero al mismo tiempo, los líderes europeos han reducido las cuotas de inmigración y reforzado la seguridad en sus fronteras terrestres y marítimas. Las nuevas tecnologías de vigilancia y unas draconianas políticas de control fronterizo son ahora la otra cara del multiculturalismo histórico de la región.

Pero ¿por qué Poseidón? ¿Qué significa hoy—cuando las travesías marítimas son constantes y mortales para los refugiados— conmemorar o incluso adorar a un dios audaz de cuerpo hipermusculado, capaz de matarnos en un segundo si se enfurece?

Poseidón era un dios bipolar: por un lado creó islas y mares en calma para los viajeros; por otro, es el dios que velaba por los colonizadores, quienes bendecían las aguas y hacían ofrendas para que sus conquistas recibieran su aprobación. Si se le ofendía, o simplemente se le ignoraba, se cree que golpeaba el suelo con el tridente para causar terremotos y naufragios. Odiaba a Ulises, y durante años hizo todo lo posible por evitar que este regresara a Ítaca. En la actualidad, son varias las armas de ejércitos de diferentes países que llevan su nombre, como el avión Boeing P-8 Poseidon y el Poseidón Ruso, un dron submarino que funciona con energía nuclear. Dominación, desplazamiento violento, rapto, posesión, patriarcado, supremacía blanca y apropiación son algunos de los fundamentos mitológicos de la «democracia occidental». Y aunque los hábitos y las connotaciones cambian con el tiempo, estos conceptos nunca son del todo ajenos a su formación y evolución. Las «abducciones» de colores, rituales, culturas, polifonía, riqueza, «mármoles», historias y objetos históricos, personas, hogares y dignidad humana se han llevado a cabo en nombre del establecimiento de un mundo «ilustrado». ¿Cómo podemos encontrar modos de combatir la exclusión?

¡Al llevar anclas junto a Poseidón en un barco que antes habían utilizado los refugiados, García Andújar propone,

entre otras cosas, una catarsis! No hay ninguna entidad o evento singular. Todo está conectado con todo lo demás, y no es fácil deshacer y volver a tejer esos enredos de una manera diferente. Como escribió Paul Virilio refiriéndose al progreso tecnológico: «La invención del barco fue también la invención del naufragio.» El gesto de llevarse al ídolo de Poseidón en una especie de procesión supone una interrupción del despiadado ciclo de crímenes sucesivos. Ofrece la posibilidad de una reflexión profunda sobre el pasado y, a la vez, de un «reinicio» para crear un futuro (o muchos futuros) que se aleje de su curso «prescrito» y del control de las fuerzas hegemónicas.

Por una curiosa coincidencia, escribo este texto pocos días antes de la inauguración de la documenta 15. (Han pasado siete años desde que conocí a Daniel García Andújar.) En los últimos meses, los pocos artistas palestinos que participan en esta exposición tan destacada, así como sus directores artísticos, el colectivo indonesio Ruangrupa, se han topado con el racismo en forma de agresiones digitales y, recientemente, físicas. En abril aparecieron unas pegatinas en los muros de la sede de Ruangrupa que decían: «Libertad sí, islam no. ¡Nada de acuerdos con los bárbaros!» y «Solidaridad con Israel». El 28 de mayo, unos desconocidos vandalizaron una instalación de un artista palestino y dejaron en el lugar un extintor junto a unas crípticas amenazas de muerte pintadas en la pared. Se trata de algo extremadamente alarmante para los participantes de la documenta 15, más aún cuando Kassel, que es la sede histórica de esta exposición, se encuentra a dos horas en coche de Hanau, donde un extremista de la derecha asesinó a nueve personas en un ataque racista en 2020. ¿Dónde estamos? En ninguna parte... y no lo digo en términos geográficos.

¿Por dónde empezar si queremos hacer posible un cambio discursivo? ¿Qué experiencias se están narrando, quién lo hace y por qué? ¿Cómo podemos combatir las

asimetrías y las jerarquías injustificadas en estos tiempos metacoloniales? ¿Cómo podemos reaccionar a la popularidad de las morfologías gubernamentales de extrema derecha, autoritarias y nacionalistas? ¿Y si formamos una alianza fuerte que eluda las restricciones nacionales tal como las hemos conocido hasta ahora y que responda a una nueva colectividad basada en la empatía y la relevancia compartida entre localidades específicas? ¿Y si un conjunto de nuevas «conectividades» basadas en «preocupaciones» comunes, así como en una flamante unidad basada en la noción de «carencia» y no en la de «poder», fuera lo más apropiado e inclusivo?

Allá donde miremos, en el pasado o en el presente, en la cima o en el fondo, a la izquierda o a la derecha, nos encontramos con guerras, una serie de conquistas interminables por el control de la riqueza y los recursos globales y el dominio sobre los pueblos. Nuestras historias están cargadas de crímenes que se multiplican constantemente a una velocidad increíble. ¡Ya basta de sangrientos aniversarios que conmemoran una retahíla de mortíferos ejercicios de poder! ¡Lo que necesitamos es un espacio limpio para «pensar» y, tal vez, establecer unos aniversarios «a la inversa»! La presente exposición puede ser precisamente eso.

Patente de corso

Daniel García Andújar

Del 16 de septiembre de 2022
al 22 de enero de 2023

Organización

Es Baluard Museu d'Art
Contemporani de Palma

Dirección

Imma Prieto

Comisariado

Imma Prieto

Coordinación exposición

Catalina Joy
Claudia Desile

Registro

Soad Houman
Rosa Espinosa

Montaje

Art Ràpid
Es Baluard Museu

Transporte

Inteart
Balears Art & Llar

Seguros

Correduría March-Rs

Diseño gráfico

Hermanos Berenguer

Textos

Imma Prieto. Directora, Es Baluard
Museu d'Art Contemporani de Palma
Tomás Andújar. Periodista
Marina Fokidis. Comisaria, escritora,
editora de la revista *South as a State
of Mind*

Traducciones

Àngels Àlvarez
la correccional

Impresión

Esment Impremta

© de la presente edición,
Fundació Es Baluard Museu d'Art
Contemporani de Palma, 2022
© de los textos, los autores
© de las imágenes, los autores

Se han hecho todas las gestiones posibles para identificar a los propietarios de los derechos de autor. Cualquier error u omisión accidental, que tendrá que ser notificado por escrito al editor, será corregido en ediciones posteriores.

Créditos fotográficos

Cortesía del artista
Fundación Bancaja. Fotografía:
Juan García Rosell, p. 19
Archivo *Diario Menorca*, p. 20
Familia Mercadal, p. 21

Agradecimientos

Ajuntament de Santanyí, Archivo
Intermedio Militar de Baleares, Arxiu
Municipal Can Bordils, Delegación
de defensa en Illes Balears, Delegación
del Gobierno en Illes Balears, Fundación
Bancaja, Ports de les Illes Balears,
Rafael Alcón Traver, Tomás Andújar,
Nieves y Mario Berenguer, Aina Calvo,
Laura Campos, Victòria Cantarellas,
Manuel Oliver, Gloria Luca, Celeste
Mercadal, Manuel Oliver, Eliane Ortega
Bernabéu, Maria Pons, Damià Rigo,
Mercedes Roldan, Leticia Sastre,
Manuel Oliver Tomeu Vicens Rigo,
Ricarda M. Vicens

Coproducida con



Con la colaboración de



ISBN 978-84-18803-43-7
DL PM 00766-2022
Ejemplar gratuito. Prohibida su venta

#DANIELANDUJARESBALUARD

@ESBALUARDMUSEU



WWW.ESBALUARD.ORG

ESBALUARD
MUSEU D'ART
CONTEMPORANI
DE PALMA

PLAÇA PORTA SANTA CATALINA, 10
07012 PALMA
T. (+34) 971 908 200

HORARIO: DE MARTES A SÁBADO DE 10 A 20 H
DOMINGO DE 10 A 15 H